



MUNICIPALIDAD DE
LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

En fábulas



Juan Eugenio Hartzzenbusch

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

EN FÁBULAS



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Juan Eugenio Hartzenbusch

Nació el 6 de setiembre de 1806 en Madrid, España. Fue dramaturgo, poeta, traductor, filólogo y crítico.

En 1837 fue publicada su obra más célebre, *Los amantes de Teruel*, basada en un tema legendario. En 1847 pasó a formar parte de la Real Academia Española; además fue director de la Escuela Normal y de la Biblioteca Nacional. Asimismo, escribió tres sainetes, las únicas piezas teatrales donde utiliza prosa y no verso, artículos de costumbres y relatos breves. Editó y prologó obras de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina y Alarcón.

Falleció el 2 de agosto de 1880 en su ciudad natal.

En fábulas

Juan Eugenio Hartzzenbusch

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2021

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EN FÁBULAS

El retrato de Júpiter

Haciendo por Tetuán una jornada,
le ocurrió a Mercurio la humorada
de conducir un mono a ver el cielo.
Cogiole, pues, al vuelo,
le tuvo allí una buena temporada,
y cuando al fin se le pasó el capricho,
puso otra vez en el nativo suelo
al venturoso trasplantado bicho.
En tropel acudieron sus iguales
a pedir al viajero
noticia de las cosas celestiales.
—Que nos retrate a Júpiter (decían),
que Júpiter describa, lo primero.
Tose el mono y empieza
la majestad pintando y la grandeza
de la suma deidad... No le entendían.
Habla después con religioso fuego
del amor y respeto que inspiraba...
Ninguno le escuchaba.
—Todo eso que nos dices
(interrumpió un tití), vendrá bien luego;

pero los circunstantes
quisieran más que refirieras antes
si tiene el dios azules las narices,
si es peludo, si es flaco,
si es de origen papión, o si es macaco,
si de patas con garbo se enarbola,
y hasta dónde se alcanza con la cola.
—Calla y no escandalices
(prorrumpió el orador): ¡habrá perverso!
¡Cola pone al señor del universo!
El Júpiter que vi de rayo armado,
el poderoso numen que sentado
vi del Olimpo en el sublime trono,
en nada, en nada se parece al mono.
Ningún dios, grande o chico,
tiene pelo de mono ni de mico.
Pero quien más no alcanza,
lo hace todo a su pobre semejanza.

La esposa y la perinola

La rebelde, la rústica peonza
dijo a la perinola con enfado
allá en su jerigonza:
Suerte bien desigual nos ha tocado.
A ti con mucho mimo,
cuando te hacen andar, te dan impulso,
entre dos dedos revolviendo tu eje:
no se me trata a mí con tanto pulso.
Yo, cuando me andan, gimo
al compás de la bárbara correa,
con que un muchacho hereje
me arrima cada golpe que me brea;
y cuanto más el movimiento ánimo,
con más fuerte rigor me zarandea.
—Querida (respondió la perinola),
en ti consiste sola
el trato que te dan: tú lo evitarás,
a ser juguete, como yo, ligero;
mas ¿qué han de hacer contigo,
si apartando el látigo te paras?
Sin embargo, espero consolarte.

Nuestro papá, el tornero,
puede, si se lo digo
y quieres animosa decidirte,
quitarte la madera que te sobra,
y en ágil perinola convertirte.
¡Friolera es la obra!
(exclamó la peonza sofocada).
Prefiero que el zurriago me atormente,
a sufrir que la gubia me hincue el diente.
¡No sabes ni empezar el catecismo,
y al preceptor acusas de inclemencia!
Quéjate de ti mismo:
para buen escolar no hay penitencia.

Látigo

La madre de un muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino,
y el muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porción de cada copo.
Juntando las porciones fue tejiendo
un látigo tremendo,
con la villana idea
de pegar a los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
la intención, por lo visto, mucho menos.
Diose a pelar la rueca tanta prisa,
que hubo la madre de notar la sisa,
y registrando con afán prolijo
el arca donde el hijo
guardaba con su ropa sus peones,
el látigo encontró de repelones.
Cogiole furibunda,
y al muchacho le dio tan larga tunda,
que a contar de las piernas al cogote,
no le dejó lugar libre de azote,
diciendo, al batanarle de alto a bajo:

¡Mira cómo luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
y con el robo yo te vapuleo.
Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.

La sardina y la ostra

Dirigida a la amable niña doña Rosita Andriani y Palacios

A la ostra le dijo la sardina:

¿Qué hace usted, vecina?

Por más que nado yo, por más que miro,
solo en este rincón alcanzo a verla.

¿En qué se ocupa usted de su retiro?

—En crear una perla.

Esa perla eres tú, cándida ROSA.

¡Dichosa tú! ¡Dichosa

la niña a quien instruya

madre tan ejemplar como la tuya!

El niño mono

A Curro el figuero,
grande remedador y gran gestero,
llevó su padre a ver con otros chicos
una porción de monos y de micos,
que, previa la licencia del alcalde,
un charlatán al público enseñaba,
ya se deja pensar que no de balde.
Cualquier extravagante monería
que uno de los cuadrúpedos hacía,
Currito la imitaba;
pero ¡cómo! tan bien, que sin empacho
con los bichos podía
competir y vencerlos el muchacho.
Verle saltar allí, verle rascarse,
quebrantar una nuez, una avellana,
y al encontrarla vana
escupir y enfadarse,
fue ver, no una persona,
sino la más estrafalaria mona.
—Usted con su cuadrilla
(le dijo en esto al charlatán el padre)

por fuerza gana patacones buenos,
porque en verdad, compadre,
para animales, de razón ajenos,
el instinto que tienen, maravilla;
el habla solo se les echa menos.

—Ahí, señor don Roque
(respondió el charlatán), ahí es el toque.
Seis años hace que ando
a realitos achuchando
cantidad que resulte razonable
para poder comprar un mono que habla.
Ya, gracias al Señor, junté el dinero;
mas no hallo mono como yo le quiero.
Aquí mi charlatán vuelve la cara,
y en las diabluras de Pachín repara.

—¡Jesús! (exclama con asombro chusco).
Esto es lo que yo busco.
Un mono verdadero,
pero blanco, pelón, buena figura,
diestro para llevar nuestro vestido,
y que hable por cualquier coyuntura.
Ya di con él por fin; ya ha parecido
el animal famoso
que yo busqué afanoso

por todo el mundo, caminando a pata.
Si me lo vende usted, me hago de plata.
Erraba el charlatán: sobrado abunda
la raza de monos con calzones,
que divierte de balde los salones
con esa habilidad, que Dios confunda.

El espejo y el agua

Disputaron el agua y el espejo,
y fue la riña del siguiente tenor.

—ÉL: Yo, de genio duro, lo reflejo
todo sin aprensión exactamente.

—ELLA: Pues yo, con mi carácter blando,
todo lo pinto a medias y jugando.

—Él, defecto menor, el más pequeño
tiene que manchar un rostro, yo lo enseño.

—La mancha enseñarás; pero, amiguito,
hago yo más que tú, pues yo la quito.

Enoja la desnuda reprimenda;
la dulce amonestación produce enmienda.

El caballo de bronce

Niños que de seis a once,
tarde y noche alegremente,
jugáis en torno a la fuente
del gran caballo de bronce
que hay en la plaza de Oriente.
Suspended vuestras carreras,
pues hace calor; y oíd
una historia muy de veras,
y de las más lastimeras
que se cuentan por Madrid.
Ese caballo años ha
estaba, como quizá
sabréis sin que yo lo indique,
dentro del Retiro, allá
frente a la casa del Dique.
Allí da el jardín frescura
con sus aguas y verdor,
y el canoro ruiseñor
tiene morada segura
de cazador enemigo.
Allí al caballo volaban

con fácil y presto arranque
mil pájaros que llegaban
a beber en el estanque,
cuyas ondas se acercaban.
Allí, con reserva poca,
le corría todo entero
la turba intrépida y loca,
y hallábase un agujero
que tiene el bruto en la boca.
Es tal la disposición,
que por la parte de afuera
da fácil introducción
a un pajarillo cualquiera
del tamaño de un gorrión.
Por dentro, sin percance,
todo el cuello de un avance
mete el pájaro; después,
como no hay dónde afiance
ni las alas ni los pies,
ni ellos le son de provecho,
ni ellas le hacen sino estorbo;
y empujando con despecho,
se hiere garganta y pecho
contra el borde áspero y corvo.

Y víctima el animal
de su imprudencia fatal
que salir de allí le veda,
vuela, anda, se atonta y rueda
por la cárcel de metal.
Donde triste prisionero,
pidiendo en vano merced,
sobre muchos que primero
tuvieron su paradero,
perece de hambre y de sed.
Milavecillas, buscando
sombra densa en el estío,
mil en el invierno, cuando
ya lloviendo, o nevando,
traspasa balas el frío,
embocaron en la panza
del caballo, que en venganza
debió decir para sí:
Renunciad a la esperanza,
pájaros que entráis en mí.
Con el tiempo se mudó
del jardín en que habitó
a la plaza donde está,
y entonces se le quitó

el cuerpo que encima va.
Y los cóncavos secretos
del cuadrúpedo cruel
aparecieron repletos
de plumas y de esqueletos
de aves tragadas por él.
Dañosa curiosidad
las condujo a muerte cruda.
—¡Ay! ¡Cuántos en nuestra edad
por la brecha de la duda
se abisman en la impiedad!
Abismo donde pedir
favor al mortal discurso
no basta para salir:
él nos deja sin recurso
desesperar y morir.

La lluvia de verano

Muy de madrugada
sale de su aldea
Lucas para un viaje
de unas ocho leguas.
No hay en todas ocho
parador ni venta,
no hay por el camino
árboles siquiera.
Gran calor aguarda,
porque julio empieza;
va por eso Lucas
bien a la ligera.
De flexible paja
sombbrero lleva;
pantalón y chupa
son de primavera,
y alpargata leve
calza, que sujetan
lazos que le cruzan
sobre empeine y pierna.
Con lo cual y un palo

y un morral de jerga,
Lucas diligente
del lugar se aleja.
Aún el sol no asoma,
la mañana es fresca,
nubes aparecen,
se levanta niebla.
Horas van pasando;
la humedad se aumenta:
ya menudas gotas
por el aire ruedan,
hasta que a torrentes
lanzan las esferas
lluvia que amenaza
inundar la tierra.
Cual estaba Lucas,
júzguelo cualquiera:
hízose una sopa
de pies a cabeza.
No era ciertamente
grande su paciencia:
enojarse, y loca
se soltó su lengua.
—Luego quieren (dijo)

que uno se someta
dócil a las leyes
de la Providencia.
Esta condenada
lluvia que no cesa,
¿qué motivo tiene?,
¿qué bien acarrea?
Mala es y remala
para la cosecha,
y salud y vida
puede que yo pierda.
Esto hablaba el necio,
cuando de unas peñas
un ladrón armado
sale y se le acerca.
Lucas imprudente
su garrote apresta,
sin mirar que el otro
tiene una escopeta.
Del gatillo tira
el ladrón con fuerza;
mas por dicha el tiro
sin salir se queda.
Lucas acomete

con audacia nueva,
y el malvado entonces
huye entre las quiebras,
y para que Lucas
algo se detenga,
la escopeta arroja,
porque ya le pesa.
Nuestro caminante
discurrió al cogerla:
No estará cargada,
cuando así la suelta.
Mírala, y entonces,
¡cuál fue su sorpresa!
Carga doble dentro
del cañón encuentra;
pero entrambas cargas
barro estaban hechas,
y aun lo mismo el cebo
de la cazoleta.
—¡Diantre! (dijo Lucas
muerto de vergüenza),
locamente al cielo
dirigí mis quejas.
Pólvora excelente

la del ladrón era,
y ella se inflama
si estuviese seca.
Niebla y lluvia hicieron
que se humedeciera:
si ellas me calaron,
me salvaron.
¡Gloria a Dios que rige
la naturaleza!
No hay mal en el mundo
que por bien no venga.

“Haciendo por Tetuán una jornada,
le ocurrió a Mercurio la humorada
de conducir un mono a ver el cielo...”

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA